



El lugar de donde vengo

Ronaldo Menéndez

En cuanto salí del metro con los ojos azorados de un paracaidista al que lanzan en medio de una selva, supe que Madrid no me decía nada. Comprendí al instante que cuando se mira por primera vez una ciudad a la que uno ha emigrado, la ciudad hace silencio, se retrae, escamotea los significados de sus fachadas y de sus parques. Iba pensando en esto mientras remolcaba la enorme maleta del exiliado, con la certeza de que cuando viera a mi tía, a la que había visto por última vez hacía cuatro años en

la periferia de Lima, todo cambiaría. Mi tía me enseñaría una ciudad blanda dispuesta a acogerme como las manos de un amor al que regresamos sin que el amor se haya apagado. Recordaba de mi tía sus ojos muy abiertos explicando: "Trabajo en un mercado que es una maravilla, soy propietaria de un puesto de frutas y verduras". Luego nos dejó un fajo de billetes, nos dijo que las frutas y las verduras eran una porquería que no alimentaban pero que en su mercado, llamado Los Mostenses, todo el mundo se dejaba la plata en su puesto. "Ellos se llevaron el oro del Perú –dijo, orgullosa co-

mo un reconquistador–, pero yo les saco la plata de España”.

Y ahí estaba su casa; por fin, alguien que me abrazara y pusiera ante mis ojos las primeras sensaciones de esta ciudad que aún permanecía esquiva.

Mi tía me esperaba en su casa sin abrir los abrazos, como si se hubiese propuesto desmentir aquello de la solidaridad con la familia que llega.

–Tengo el puesto aquí a la vuelta –me dijo alcanzándome un vaso de agua– es mejor que lo conozcas cuanto antes porque mañana empiezas.

Hablamos muy poco, y todo lo que hablamos podía resumirse en que me haría falta mucha fuerza para salir adelante, que en Europa la vida no era fácil. Y sin venir a cuento, como para desencantarme incluso sobre lo que no se me hubiera ocurrido esperar nada, concluyó:

–Y olvídate por ahora de conocer chicas, tienes que concentrarte en el trabajo, te toca pagar piso.

Después del tibio vaso de agua y con mi empanada a medias, con olor a aeropuerto y el pasaporte sin salir del bolsillo, la seguí por calles tangenciales hasta el mercado. Lo encabezaba el enorme rótulo azul cuyo nombre ya había escuchado de su boca: Los Mostenses. Subimos la escalera, doblamos por un pasillo a mano derecha donde se alineaban puestos de verduleros –me golpeó el olor a mezcla viva y las voces ansiosas– y llegamos a su tenderete pulcro y geométrico como un escuadrón militar. Los vegetales de mi tía eran perfectos, disciplinados y ostentosos, y todo el mundo quería comprar algo.

–Aquí es –me dijo con el orgullo de quien exhibe su prole de superdotados–, no me doy abasto.

Y luego agregó, como si me revelara un gran secreto:

–Fíjate que el resto de los quioscos están sucios y descuidados, y aunque venden más barato, la gente prefiere el mío porque es más limpio y les da confianza. A los españoles hay que

darles confianza porque piensan que los que venimos de sudacalandia somos todos una panda de salvajes.

Miré sus ojos, miré sus zapatillas de un gris gastado, levanté la vista y recorrí el entorno: entonces vi Madrid, una ciudad abigarrada en un mercado. La gente movía carretillas tratando de hacer el mayor ruido posible, reconocí voces andinas, charapas, caribeñas y otras de una neutralidad casi chocante. Muchos chinos parecían detenidos en sus puestos como si quisieran llegar pronto a algún otro sitio. Entonces volví a escuchar a mi tía, con su voz aborrecida y jovial:

–Este es mi sobrino, Camilo, que acaba de llegar de Lima. Va a empezar a trabajar mañana, qué te digo, ahorita se queda aquí contigo para que le vayas enseñando lo principal.

Entonces volví a ver Madrid. Madrid era ella (mi tía no era Madrid ni el Perú, sino el infierno). Ella, detrás del mostrador, con sus ojos de un ámbar capaces de ablandar todo el entorno, unas manos nerviosas como pájaros, una cara ovalada con la sonrisa firme como el dibujo de un aprendiz con mucho talento. Ella, riendo y estirando la mano para que yo la conociera porque mi tía me la estaba presentando.

–¿Estás cojudo? –me increpó mi tía cuando al estirar mi mano desmonté torpemente una cuidadosa pirámide de zanahorias–, ella es Leila, es de Chiclayo, me ayuda con el puesto.

La mano de Leila enseguida dejó de ser pájaro para ser junco que se enreda, y entre animal y vegetal dejé de escuchar a mi tía que seguía con su perorata, con sus consejos acerca de los españoles, el ser latinoamericano y lo odiosos que eran los chinos, que ya tenían prácticamente sitiado el mercado de Los Mostenses.

–Y los ecuatorianos, esos monos son una plaga –fue lo último que la escuché decir mientras se alejaba, dejándome tras el mostrador en compañía de Leila.

–Le dicen ‘la vinagre’ –fue lo primero que me dijo Leila.

–¿Por cómo huele?

Se rio con dientes luminosos.

–No, aunque bien podría... Por la mala leche que tiene.

No hacía falta ser un sobrino suspicaz y traidor para concluir que mi tía explotaba a Leila como una auténtica colonizadora.

De pronto, Leila me dijo:

–¿De qué se ríe la sandía si la están degollando?

Al principio no entendí, pero su sonrisa espantamoscas y su gesto, que parecía abarcarlo todo y que señalaba una sandía abierta en una cinta roja, me hicieron comprender que estaban comenzando las enseñanzas para verdulero.

Mi tía se lo había ordenado: enséñale “lo principal”.

–Esto es una paraguaya, que allá no las conocemos –siguió Leila–, allá no las conocemos porque el Paraguay no existe.

–¿Cómo?

–Pues eso, ¿has conocido alguna vez a alguien de ese país? Paraguay es una alucinación colectiva, una vez al año se reúne un grupo de gente, se sientan en flor de loto, se concentran y producen Paraguay. Y esta es una paraguaya, una fruta inventada a partir de una mutación del melocotonero.

Alzó una paraguaya en su pequeña mano izquierda, la miró como si quisiera observarla a contraluz, y le metió el dedo índice de la mano derecha.

–Sangra amarillo –me dijo–, pero no es sangre, es felicidad porque han entrado delicadamente en ella.

Mientras el dedo de Leila se acercaba a mi rostro como para que lo probara, una señora gorda ¿española? perdía la paciencia y abandonaba malhumorada el otro lado de nuestro mostrador. ¿Qué importancia podía tener la estampida de esa señora gorda, y ahora de ese otro señor encorvado como un ave desconocida, cuando el dedo de Leila acababa de rozar mis labios sin darme siquiera tiempo a entreabrirlos?

Conocí por primera vez el sabor de la paraguaya en el dedo de Leila. Y hubo una maratón, un auténtico conglomerado de “primeras veces”.

Para empezar, fue la primera vez en que un grupo de gente se amotinó detrás de un mostrador donde se suponía que yo trabajaba, exigiendo, precisamente, que trabajara.

Y para seguir, Leila tomó un tubérculo desconocido, redondo como una patata y deforme como un tumor.

–Los cubanos son los que más lo compran, lo llaman malanga. Fíjate qué áspero.

Tomé aquella bola creyendo que Leila me la alcanzaba para que volviera a rozar sus dedos, palpé la textura casi peluda del tubérculo, pero enseguida la mano de ella lo recuperó colocándolo sobre una calabaza y con un cuchillo descargó un golpe definitivo que lo abrió en dos mitades. El cuchillo quedó alevosamente clavado en la calabaza, Leila dijo:

–No te preocupes, la calabaza es amarilla y todo lo amarillo es cobarde. Pero mira –me alcanzó esta vez una de las mitades de la malanga ¿recuerdas lo áspera y peluda que es por fuera? Por dentro es blanca y resbalosa, ¿leche o resina?

Frotó una mitad sobre la palma de mi mano, luego frotó la otra mitad en su mano. Luego tomó mi mano con la suya y ambas palmas empezaron a pegarse y resbalar en una sensación que yo no sabía que existía.

–Es como las manos –me decía, mientras las frotábamos y otros dos señores protestaban porque no les hacíamos el menor caso–, el lomo de una mano puede ser ordinario como el resto de la piel, pero la palma de una mano siempre es una sorpresa, sobre todo cuando es ajena y está húmeda.

Los ruidos de las carretillas que se desplazaban tratando de hacer el mayor ruido posible, el asedio unánime de los chinos clonados, las señoras gordas con el carrito de la compra, todo había desaparecido en aquel roce de manos. Entonces Leila continuó con la más extraordinaria de sus lecciones:

–¿Sabes lo que es un huaico?

No podía ni imaginar a dónde iría a parar aquella pregunta... Claro que sabía lo que era un huaico. En el Perú, los huaicos se habían lleva-

do por delante enormes zonas agrarias, sepultado pueblos enteros, arrasado árboles milenarios.

–Claro que lo sé –le dije sin dudarlo.

–¿Seguro que lo sabes? ¿Has vivido alguno? –en la mano de Leila había una sencilla manzana.

–Bueno –dudé, sabía que había trampa en su pregunta–, un huaico es un enorme desprendimiento de lodo, una montaña que se desmorona, algo que sale como de la nada, que empieza por unas piedras que se aflojan tras un aguacero...

–Exacto –dijo Leila y lanzó su manzana contra una torre de manzanas que teníamos delante. La torre se desmoronó rápida, arrasadora, colosalmente. Noté con el rabillo del ojo que otra señora gorda mostraba cierta tendencia a llamar a la policía. Leila me dijo:

–Ahora tenemos que recoger todas las manzanas. ¿Te has dado cuenta de que la manzana es la fruta del pecado?

Más de cien manzanas pecaminosas formaban un mar rodante a los pies de nuestro mostrador. Nos agachamos escondiéndonos de todo el mundo, comenzamos a recogerlas.

–Yo ya me siento de aquí, de España –me dijo Leila, intentando sostener tres manzanas entre sus manos.

Entonces acercó su boca a mi boca y me besó por primera vez. Luego me dijo:

–Tú sabes al lugar de donde vengo.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el de **Los Mostenses. Madrid.**